



CASSANDRA CLARE

CAZADORES DE SOMBRAS

6. CIUDAD DEL FUEGO CELESTIAL

ERCHOMAI, HABÍA DICHO SEBASTIAN

Voy de camino.

La oscuridad ha regresado al Mundo de las Sombras. Mientras su mundo se desmorona alrededor, Clary, Jace, Simon y sus amigos deben unirse para luchar contra el mayor enemigo al que se han enfrentado nunca los nefilim: el hermano de Clary. No hay nada en el mundo que pueda derrotarle; ¿deberán ir a otro mundo para tener una posibilidad? Se perderán vidas, se sacrificarán amores y el mundo entero cambiará en el sexto volumen de la serie Cazadores de Sombras.

Para Elias y Jonah

AGRADECIMIENTOS

La gente a la que quiero ya sabe que la quiero. Esta vez quiero dar las gracias a mis lectores, que me han aguantado a lo largo de toda esta saga, un auténtico torbellino épico, durante incertezas, angustias y sentimientos. No os cambiaría ni por todo el brillo del *loft* de Magnus.

*En Dios se halla la gloria: y cuando
los hombres aspiran,
Es tan solo una chispa de más de
fuego celestial*

JOHN DRYDEN, *Absalón y Aquitofel*

PRÓLOGO

CAE COMO LA LLUVIA

Instituto de Los Ángeles, diciembre 2007

El día que mataron a los padres de Emma Carstairs hacía un tiempo estupendo.

Por otra parte, el tiempo solía ser siempre estupendo en Los Ángeles. La madre y el padre de Emma la dejaron una clara mañana de invierno en el Instituto, en las colinas detrás de la Autopista de la Costa del Pacífico, con vistas al océano azul. El cielo era una explanada sin nubes que se extendía desde los acantilados de las Pacific Palisades hasta las playas de Point Dume.

La noche anterior había llegado un informe sobre actividades demoníacas en las cuevas de la playa de Leo Carrillo. Habían encargado a los Carstairs que echaran un vistazo. Más tarde, Emma recordaría a su madre recogiendo tras la oreja un mechón que el viento le había soltado, mientras se ofrecía a dibujarle un runa de temeridad al padre de Emma, y a este, John Carstairs, riendo y diciendo que no estaba muy seguro de qué opinaba de esas runas nuevas. Ya le iba bien con las que se hallaban en el *Libro Gris*, muchas gracias.

En aquel momento, Emma se había impacientado con sus padres, y los había abrazado apresuradamente antes de echar a correr escalera arriba hacia la puerta del Instituto, con la mochila que le saltaba entre los hombros mientras les decía adiós con la mano desde el patio.

Emma estaba entusiasmada de poder entrenar en el Instituto. No solo su mejor amigo, Julian, vivía allí, sino que ella siempre se sentía como si estuviera volando hacia el océano al entrar en él. Era una estructura enorme, de madera y piedra, situada al final de un largo camino de gravilla que serpenteaba entre las colinas. Todas las habitaciones, todos los pisos, daban al océano, a las montañas y al cielo, grandes extensiones ondeantes de azules, verdes y dorados. El sueño de Emma era subir al tejado con Jules (aunque hasta ese momento los padres les habían chafado el plan) para contemplar la vista que se abría hasta el desierto del sur.

La puerta principal la reconoció y se abrió con facilidad bajo su empujón. La entrada y los pisos bajos del Instituto estaban llenos de cazadores de sombras adultos que iban de un lado para otro. Algún tipo de reunión, supuso Emma. En medio del gentío, vio de refilón al padre de Julian, Andrew Blackthorn, el director del Instituto. Como no quería que la entretuvieran con saludos, se apresuró a ir al vestuario del segundo piso, donde se cambió los tejanos y la camiseta por el equipo de entrenamiento: una camisa amplia, unos pantalones anchos de algodón y lo más importante: una espada a la espalda.

Cortana. Su nombre solo quería decir «espada corta», pero para Emma no era corta. Tenía la longitud de su antebrazo, de metal brillante y con una inscripción en la hoja que siempre la hacía estremecerse: «Soy *Cortana*, del mismo acero y temple que *Joyeuse* y *Durendal*». Su padre le había explicado lo que eso significaba el día que se la había puesto en sus manos de niña de diez años por primera vez.

—Puedes usar esta espada para entrenarte hasta que cumplas los dieciocho, momento en que será tuya —le había dicho John Carstairs, sonriéndole mientras pasaba los dedos por encima de la inscripción—. ¿Entiendes lo que quiere decir?

Ella había negado con la cabeza. «Acero» lo entendía, pero no lo de «temple». «Temple» significaba «temperamento», algo que su padre siempre le estaba diciendo que debía controlar. ¿Qué tenía eso que ver con la hoja de una espada?

—Ya conoces a la familia Wayland —le había dicho su padre—. Eran famosos por las armas que hacían, antes de que las Hermanas de Hierro comenzaran a forjar todas las armas de filo de los cazadores de sombras. Wayland *el Herrero* creó a *Excálibur* y a *Joyeuse*, las espadas de Arturo y Lancelot, y a *Durendal*, la espada del héroe Rolando. E hicieron también esta espada, del mismo acero. Y todo acero se debe temprar, someterlo a un gran calor, casi el suficiente para derretir o destruir el metal; eso lo hace más fuerte. —La besó en la coronilla—. Durante generaciones, esta espada ha pertenecido a los Carstairs. La inscripción nos recuerda que los cazadores de sombras somos las armas del Ángel. Templados por el fuego, nos hacemos más fuertes. Cuando sufrimos, sobrevivimos.

A Emma se le hacía eterno esperar los seis años que le faltaban para cumplir los dieciocho, cuando podría viajar por el mundo luchando contra los demonios, cuando podría templarse en el fuego. En ese momento, se sujetó la espada y salió del vestuario, mientras se imaginaba cómo sería ese futuro. En su imaginación, se hallaba en lo alto de los acantilados ante el mar de Point Dume, rechazando a una horda de demonios raum con *Cortana*. Julian estaba con ella, claro, empleando su arma favorita: la ballesta.

En la imaginación de Emma, Jules, como llamaban a Julian, siempre estaba allí. Emma lo conocía desde que tenía uso de razón. Los Blackthorn y los Carstairs siempre habían

estado unidos, y Jules solo tenía unos meses más que ella; Emma nunca había vivido en un mundo sin él. Había aprendido a nadar en el mar con él, cuando ambos eran bebés. Habían aprendido a andar y a correr juntos. Los padres de él la habían llevado en brazos, y los hermanos mayores de Jules la reñían cuando se portaba mal.

Y se había portado mal a menudo. Teñir de azul brillante al gato blanco de la familia Blackthorn, *Oscar*, había sido una idea de Emma cuando tenían siete años. De todas formas, Julian había cargado con la culpa, como solía hacer. Después de todo, había dicho, ella era hija única y él tenía seis hermanos; sus padres olvidarían su enfado con él mucho antes que los de ella.

Emma recordaba la muerte de la madre de Julian, justo después de nacer Tavy, y de haberle cogido la mano a Jules mientras el cadáver ardía en los desfiladeros y el humo subía hacia el cielo. Recordaba que él había llorado; recordaba haber pensado que los chicos lloraban de un modo muy diferente del de las chicas, con unos horribles sollozos entrecortados que parecían que se los arrancaran con ganchos. Quizá para ellos fuera más duro, porque se suponía que no debían llorar.

—¡Uff! —Emma se tambaleó hacia atrás; estaba tan sumida en sus pensamientos que se había ido directa contra el padre de Julian, un hombre alto, con el mismo cabello castaño alborotado que la mayoría de sus hijos—. Perdón, señor Blackthorn.

Este sonrió de medio lado.

—Nunca he visto a nadie con tantas ganas de ir a clase —bromeó mientras ella atravesaba corriendo el vestíbulo.

La sala de entrenamiento era una de las favoritas de Emma. Ocupaba casi todo un piso, y tanto la pared del este como la del oeste eran de cristal transparente. Se podía ver el mar azul desde casi cualquier punto en que se mirase. La curva de la costa se veía en toda su extensión, las infinitas aguas del Pacífico extendiéndose hacia Hawái.

En el centro del pulido suelo de madera se hallaba la tutora de la familia Blackthorn, una mujer autoritaria llamada Katerina, que en ese momento estaba ocupada enseñando a los mellizos a lanzar los cuchillos. Livvy seguía las instrucciones obediente, como siempre, pero Ty fruncía el ceño y se resistía.

Julian, vestido con la holgada ropa de entrenamiento, estaba tumbado de espaldas cerca de la ventana y hablaba con Mark, que pretendía leer un libro y hacía todo lo posible para no hacer caso a su medio hermano pequeño.

—¿No crees que Mark es un nombre raro para un cazador de sombras? —estaba diciendo Julian cuando Emma se les acercó—. Quiero decir, si te lo piensas de verdad, es confuso. «Ponme una Marca, Mark».

Mark alzó la rubia cabeza del libro que estaba leyendo y miró molesto a su hermano. Julian jugueteaba con la estela, haciéndola girar en la mano. La cogía como un pincel, algo por lo que Emma siempre lo reñía. Se suponía que debía coger la estela como una estela, como si fuera una prolongación de la mano, no una herramienta artística.

Mark suspiró con exageración. A los dieciséis años era lo suficientemente mayor que Emma y Julian para encontrar que todo lo que estos hacían era molesto o ridículo.

—Si te molesta, puedes llamarme por mi nombre completo —contestó.

—¿Mark Anthony Blackthorn? —Julian arrugó la nariz—. Se tarda mucho en decirlo. ¿Y si nos atacara un demonio? Para cuando llegara a la mitad de tu nombre ya estarías muerto.

—En esa situación, ¿no serías tú quien me salvaría la vida? —preguntó Mark—. ¿No crees que estás yendo demasiado deprisa, eh, renacuajo?

—Podría pasar. —Julian, al que no le había gustado nada que lo llamara renacuajo, se incorporó hasta quedar sentado. Tenía mechones de cabello alborotados por toda la cabeza. Su hermana mayor, Helen, siempre intentaba

peinárselo, pero no servía de nada. Tenía el cabello de los Blackthorn, como su padre y la mayoría de sus hermanos: desordenado de cualquier manera y de color castaño. El parecido entre los miembros de la familia fascinaba a Emma, que se parecía muy poco a su madre o a su padre, excepto si se consideraba que su padre también era rubio.

Helen llevaba meses en Idris con su novia, Aline; se habían intercambiado los anillos familiares e iban «muy en serio», según los padres de Emma, lo que sobre todo quería decir que se miraban con ojos de besugo. Emma estaba decidida, si alguna vez se enamoraba, a no ser tan pava. Sabía que había algo de revuelo por el hecho de que Helen y Aline fueran dos chicas, pero no entendía por qué, y los Blackthorn parecían apreciar mucho a Aline. Era una presencia relajante, y hacía que Helen no se pusiera de los nervios.

La ausencia de Helen significaba que nadie le cortaba el pelo a Jules, y el sol que entraba en la sala le teñía de oro las rizadas puntas. Las ventanas de la pared este mostraban el umbrío perfil de las montañas que separaban el mar del valle de San Fernando; unas colinas secas y polvorientas, llenas de cañones, cactus y matorrales espinosos. A veces, los cazadores de sombras salían a entrenar, y a Emma le encantaban esos momentos, le fascinaba descubrir senderos ocultos y cascadas secretas, y los lagartos adormilados que tomaban el sol en las rocas cercanas. Julian era un experto haciendo que los lagartos se le subieran a la mano y se durmieran allí mientras él les acariciaba la cabeza con el dedo.

—¡Cuidado!

Emma esquivó el cuchillo con punta de madera que pasó volando junto a su cabeza y chocó contra la ventana, salió rebotado y le dio a Mark en la pierna. Este dejó el libro a un lado y se puso en pie, enfadado. Técnicamente, Mark estaba haciendo de segundo supervisor, ayudando a Katerina, aunque prefería leer a enseñar.

—Tiberius —lo reprendió Mark—. No me tires cuchillos.

—Ha sido un accidente. —Livvy se interpuso entre su mellizo y Mark. Tiberius tenía el cabello tan oscuro como rubio lo tenía Mark; era el único de los Blackthorn, aparte de Mark y Helen, que no contaban por tener sangre de subterráneos, que no tenía el cabello castaño y los ojos verde grisáceos de la familia. Ty tenía el cabello negro y rizado, y los ojos del color gris profundo del hierro.

—No, no lo ha sido —replicó Ty—. He apuntado hacia ti.

Mark respiró profundamente con cierta exageración y se pasó las manos por el cabello, lo que contribuyó a dejárselo de punta. Mark tenía los ojos de los Blackthorn, de color verde grisáceo, pero el cabello, igual que el de Helen, era de un rubio casi blanco, como había sido el de su madre. Corría el rumor de que la madre de Mark y Helen había sido una princesa de la corte seelie que había tenido una aventura con Andrew Blackthorn, lo cual había dado como resultado dos niños, a los que, una noche, había abandonado a la puerta del Instituto de Los Ángeles antes de desaparecer para siempre.

El padre de Julian había recogido a sus hijos medio hada y los había criado como cazadores de sombras. La sangre de cazador de sombras era dominante, y aunque al Consejo no le gustara, aceptaba a niños medio subterráneos en la Clave siempre y cuando su piel soportara las runas. Tanto Helen como Mark habían recibido su primera runa a los diez años, y su piel la había aceptado sin problemas, aunque Emma notaba que a Mark le dolía más ponerse una runa que a un cazador de sombras corriente. Se había fijado en sus muecas de dolor cuando la estela le tocaba la piel, aunque él trataba de ocultarlas. En los últimos tiempos, Emma se había fijado en muchas cosas más de Mark; en lo atractiva que resultaba la forma de su rostro, extraña e influida por su sangre de hada, y en la anchura de los hombros bajo la camiseta. No sabía por qué se estaba fijando en esas cosas, y no acababa de gustarle. Hacía que

tuviera ganas de soltarle un improprio a Mark o de esconderse, o a menudo ambas cosas al mismo tiempo.

—Lo estás mirando muy fijamente —dijo Julian, observando a Emma por encima de las rodillas manchadas de pintura de su ropa de entrenamiento.

Emma se puso tensa de golpe.

—¿A qué?

—A Mark... otra vez. —Parecía molesto.

—¡Cierra el pico! —susurró Emma por lo bajo, y le agarró la estela. Él tiró hacia sí y se inició un forcejeo. Emma soltó una risita y se apartó de Julian. Había estado entrenando con él durante tanto tiempo que sabía qué movimiento iba a hacer antes de que lo hiciera. El único problema era que tendía a no darle tanta caña como podría. La idea de que alguien pudiera hacer daño a Julian la enfurecía, y a veces esa furia la incluía a sí misma.

—¿Es por las abejas de tu habitación? —preguntó Mark mientras se acercaba a Tiberius—. ¡Ya sabes que teníamos que tirarlas!

—Supongo que lo hiciste para fastidiarme —replicó Ty. Ty era pequeño para su edad, diez años, pero tenía el vocabulario y la dicción de un chico de dieciocho. Por lo general, no mentía, sobre todo porque no entendía qué necesidad tenía de hacerlo. No podía comprender por qué algunas de las cosas que hacía molestaban o herían a la gente, y sus enfados le resultaban incomprensibles o lo asustaban, dependiendo de su humor en aquel momento.

—No tiene nada que ver con fastidiarte, Ty. No puedes tener abejas en la habitación...

—¡Las estaba estudiando! —protestó Ty, y el rubor le cubrió el pálido rostro—. Era importante, y eran mis amigas, y sabía lo que estaba haciendo.

—¿Igual que sabías lo que estabas haciendo con aquella serpiente de cascabel? —replicó Mark—. A veces te sacamos cosas porque no nos gusta que te hagas daño. Sé que es difícil de entender, Ty, pero te queremos.

Ty lo miró sin expresión. Sabía lo que «te queremos» significaba, y sabía que era algo bueno, pero no entendía por qué con eso se explicaba cualquier cosa.

Mark se inclinó con las manos en las rodillas, los ojos a la altura de los de Ty.

—Vale, esto es lo que vamos a hacer...

—¡Ja! —Emma había conseguido tumbar a Julian de espaldas y arrebatarse la estela de la mano. Este se echó a reír, y se revolvió bajo ella hasta que Emma le apresó el brazo contra el suelo.

—Me rindo —dijo Julian—. Me...

Él se estaba riendo de ella, y de repente Emma se dio cuenta de que la sensación de estar tumbada directamente sobre Jules era extraña, y también se dio cuenta de que, igual que Mark, Julian tenía un rostro hermoso. Redondo, de niño y muy familiar, pero casi podía ver más allá del rostro que su amigo tenía en ese momento e imaginar el que tendría cuando fuera mayor.

El sonido de la campana del Instituto resonó en la sala. Era un ruido profundo, dulce y cantarín, como el de las campanas de una iglesia. Desde fuera, los mundanos veían el Instituto como las ruinas de una antigua misión española. Aunque por todas partes había carteles de PROPIEDAD PRIVADA y NO PASAR, a veces, la gente, sobre todo los mundanos con cierta dosis de Visión, conseguían llegar hasta la puerta principal.

Emma se separó de Julian y se sacudió la ropa. Había dejado de reír. Julian se incorporó apoyado en las manos y la miró con ojos curiosos.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Me he dado un golpe en el codo —mintió Emma, y miró hacia los otros.

Livy estaba dejando que Katerina le mostrara cómo sujetar un cuchillo, y Ty negaba con la cabeza mirando hacia Mark. Ty. Había sido ella la que le había puesto ese apodo a Tiberius cuando nació, porque, con solo dieciocho meses,

era incapaz de decir «Tiberius» y siempre lo llamaba «Ty-Ty». A veces se preguntaba si él lo recordaría. Era raro, las cosas que le importaban a Ty y las que no se podían predecir.

—¿Emma? —Julian se inclinó hacia adelante, y todo a su alrededor pareció estallar.

Hubo un repentino destello de luz, y el mundo al otro lado de la ventana se volvió rojo y de un dorado casi blanco, como si el Instituto estuviera ardiendo. Al mismo tiempo, el suelo se sacudió bajo ellos como la cubierta de un barco. Emma resbaló mientras desde abajo se alzaba un grito terrible, un chillido horrible e irreconocible.

Livvy ahogó un alarido y rodeó a Ty con los brazos, como si pudiera protegerlo con su propio cuerpo. Livvy era una de las pocas personas que podían tocar a Ty sin que a este le importara; él se quedó con los ojos muy abiertos, una mano agarrando la manga de la camisa de su hermana. Mark ya se había puesto en pie; Katerina estaba pálida bajo sus rizos oscuros.

—Quedaos aquí —le dijo a Emma y a Julian, mientras sacaba la espada de la vaina que le colgaba de la cintura—. Vigilad a los mellizos. Mark, ven conmigo.

—¡No! —exclamó Julian, poniéndose en pie—. Mark...

—No me pasará nada, Jules —le aseguró Mark con una sonrisa confiada; ya tenía la daga en la mano. Era rápido y seguro lanzando cuchillos, nunca fallaba—. Quédate con Emma —insistió, señalándolos a ambos con la cabeza, y luego desapareció en pos de Katerina; la puerta de la sala de entrenamiento se cerró tras ellos.

Jules se acercó más a Emma, le cogió la mano y la ayudó a levantarse; ella quiso decirle que estaba bien y que podía levantarse sola, pero no dijo nada. Entendía la necesidad de Jules de sentir que estaba haciendo algo, alguna cosa para ayudar. De repente, otro grito llegó desde abajo al mismo tiempo que un estruendo de cristales rompiéndose. Emma corrió hacia los mellizos, que permanecían inmó-